

Lo que esconde  
el cuadro

Beatriz Olivenza Bernardo

© Beatriz Olivenza Bernardo  
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche", 2007

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche" Diseño colección: Victoria Carpena

Imprime: Yecla-Grafic, S. L.  
I.S.B.N: 84-933649-2-4  
Dep. Legal: MU-5I -2007

El Jurado de este Premio estuvo compuesto) por Concha López Díaz, presidenta; Anastasio Paredero Rodríguez, Lourdes Ortega Puche, y Martín Martí Hernández, secretario.

*Para mis padres y mi hermana Maribel,  
esta historia de hermanos y padres.*

## Prólogo

Frente al caballete, el alumno tiene el gesto enfurruñado y un mechón rebelde que casi le tapa un ojo y que es una especie de prolongación de su mal humor. Está mirando la naturaleza muerta que le sirve de modelo casi con rencor, como si las manzanas y limones fueran seres animados que pudieran percibir su odio. Don Pablo lo observa con benevolencia.

—Déjalo, muchacho. Mañana será otro día.

El alumno niega con la cabeza y sigue taladrando con los ojos las frutas reales y las que ha pintado en su lienzo: hay algo que no le convence. Don Pablo se le acerca con pasos cansados. Nunca hasta esa tarde se había fijado en este alumno que suele ocupar el caballete del fondo del aula. Ni siquiera recuerda cuál es su nombre. Antes, cada uno de los muchachos que entraba en su clase era un mundo singular y apasionante que él se lanzaba a explorar con entusiasmo. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

Don Pablo se ha acercado por la espalda a su alumno y va a insistirle: «Déjalo, chico, es tarde, tal vez mañana lo logres.» Pero no lo hace. Lo detiene un detalle insignificante, tan pequeño que al principio se pregunta él mismo por qué las palabras no han llegado a salir de su garganta. De pronto lo sabe. Es el movimiento de la cabeza del chico al pintar, la leve inclinación y el vuelo de la melena un poco despeinada mientras una mano firme, hábil, tajante, empuña el pincel

sobre la tela. Hacía muchos años que no veía a nadie pintar así. De hecho, en toda su vida de maestro, sólo ha visto a una persona pintando así.

—No le gusta, ¿verdad, don Pablo?

El chico se ha vuelto hacia él y lo está mirando con ojos desolados. Al parecer, para él es todo un drama, en aquella aula vacía, la imposibilidad de llevar al lienzo la luz que resbala por la piel tersa o arrugada de las piezas de fruta. Don Pablo se le queda mirando, algo alelado: por un momento, le ha parecido reconocer en esos ojos otros ojos antiguos que lo llaman desde muy lejos. Entonces, el viejo profesor sale de su ensimismamiento y hace algo que el discípulo guardará siempre como un secreto.

—Acompáñame —le dice, y echa a andar por el aula vacía, sale al pasillo, atraviesa la academia desierta en la que sólo se oye, a lo lejos, el trastear de la mujer que hace la limpieza cada tarde. Don Pablo se detiene frente a una puerta muy vieja que tiene el aspecto de no abrirse nunca. Todos los alumnos saben adónde conduce: es la comunicación de la academia con el museo anexo. No hay aspirante a artista por esas tierras que no haya frecuentado desde niño sus salas, pero todos pagarían por visitarlas como lo está haciendo ahora el joven pintor insatisfecho: flanqueando la comunicación interna, en pos del anciano profesor, a deshoras, cuando los cuadros duermen ajenos a estudiosos y visitantes. Don Pablo nota que la tarde cae muy deprisa y por eso se afana en caminar muy rápido, hasta llegar a una sala tapizada *de terciopelo* oscuro en la que un lienzo de tamaño mediano ocupa el sitio de honor. El muchachito, que a pesar de su juventud viene jadeando detrás del anciano, se detiene frente al cuadro, que conoce de sobra. No necesita mirar el título ni el nombre del autor. Lo ha admirado desde niño y, sin embargo, en la intimidad del museo

vacío, su contemplación le resulta emocionante. El cuadro representa un mar enfurecido visto *desde* lo alto de un acantilado. Las hierbas se inclinan con el peso del viento, la espuma amenaza con salpicar al espectador. Hay una figura masculina colocada de espaldas, en el ángulo derecho; un muchacho elegante que contempla el paisaje, con el pelo revuelto y los faldones de su levita oscura ondeando al viento.

El joven discípulo sonríe, absorto en los colores, en las pinceladas firmes y certeras como fagonazos. A sus espaldas, don Pablo sonríe también: es curioso contemplar a los dos muchachos, el pintado y el real, tan parecidos a pesar de los cuarenta años que separan sus vestimentas. Entonces el anciano se acerca despacito al joven, tanto, que el muchacho se sobresalta cuando suenan unas palabras junto a su oído:

—¿Has visto lo que esconde el cuadro?

El chico se vuelve hacia su maestro y se pone serio de repente: se trata, sin duda, de una prueba para valorar su sentido artístico. Le gustaría hacer un comentario brillante, ahí al lado tiene al profesor al que tanto admira, pendiente de sus palabras; es su oportunidad de impresionarlo. Pero cuando vuelve a mirar el cuadro se encuentra con que la emoción que sentía hace un instante le ha abandonado: está tenso y no sabe qué decir. El muchacho carraspea y empieza a sudar. Don Pablo le sonríe.

—Vamos, muchacho, acércate más al cuadro.

El chico obedece y descubre que de pronto ya no ve nada, los colores no parecen formar objetos reconocibles, las pinceladas juegan a despistarle, el cuadro está vivo y se ríe de él. Los ojos se le llenan de lágrimas. Don Pablo sigue muy cerca, mirándolo, y el muchacho tiene un arrebatado de orgullo y de un manotazo se seca las lágrimas. Empieza a mirar de reojo la salida, y ya está intentando dar firmeza a su voz para

despedirse con un seco «buenas tardes» antes de emprender la retirada cuando le detiene la sensación de que hay otros ojos que lo observan. Se vuelve despacio y mira el cuadro con recelo. Todo está en orden: las olas blancas de espuma, la hierba ondulante, el joven caballero de espaldas. Se acerca; se inclina tanto hacia adelante que, de estar presente el malhumorado vigilante de día, lo echaría con cajas destempladas. Sus ojos, a escasos centímetros de la tela, se encuentran con otros ojos. El chico da un respingo y se aleja: los ojos desaparecen de su vista, cubiertos por las pinceladas marrones y amarillas que dan forma al sombrero y a la melena despeinada del muchacho del cuadro. No cabe duda: el joven que da la espalda al espectador estuvo en un principio pintado de frente. Don Pablo se ríe bajito detrás de él.

—¿Lo has descubierto? —pregunta, regocijado.

Olvidado ya de sus tensiones, el alumno ha vuelto a acercarse mucho al cuadro, sin precaución alguna, y tiene ahora ante sí no solo los ojos, sino el rostro completo que el artista ha pretendido ocultar: una cara algo demacrada, de ojos enormes, flanqueada por una larga trenza pajiza.

—No es un chico —murmura, como si soñara.



Como en los cuentos de hadas, Alma y Andrés nacieron el mismo día, hijos de una pareja mayor que había perdido hacía tiempo la esperanza de tener descendencia. Vinieron al mundo, con minutos de diferencia, el primer día del año 1850 en una habitación antigua que olía a madera y desde la que se oía el rugir del mar. Cuando su madre empezó a sentir los dolores del parto, fue imposible sacar al padre de su guarida del sótano, y criadas y comadrona deambularon ocupadísimas oyendo el trastear remoto de aquel viejo sabio que ni siquiera ese día condescendió a interrumpir su labor científica, y que escuchó por primera vez, desde aquel tugurio que le servía de laboratorio, entre legajos y redomas, el llanto de sus hijos recién venidos al mundo.

A Alma y Andrés resultó imposible distinguirlos durante años excepto por la ropa, que era blanca para la niña y azul para el niño, y que en cuanto tuvieron uso de razón se divertían en intercambiar para desconcierto de su madre y de la criada más vieja, que en el fondo de su corazón siempre creyó cosa de Satanás el que aquellos chiquillos nacidos fuera de tiempo se parecieran como dos gotas de agua. Sus primeros juegos fueron en la playa cercana, sembrada de rocas y en la que soplaba siempre un viento atronador. No conocían a otros niños. La población más próxima quedaba a distancia considerable y la familia solo se acercaba allí los domingos para

ir a misa, y a veces ni eso, porque el padre andaba algo peleado con el clero y refunfuñaba tanto y tan ruidosamente durante la homilía, que casi resultaba mejor no ir a la iglesia.

El padre había dado clases en la Facultad de Medicina años atrás, había sido aquel polémico profesor Luena del que los alumnos seguían oyendo hablar, aunque muchos creyeran va que era sólo una leyenda. Probablemente habría tenido una carrera brillante si no se hubiera peleado con todos y cada uno de sus colegas y superiores, si no hubiera abrazado con apasionada imprudencia las teorías que más soliviantaban las homilías, que más risas provocaban en los salones *de* moda. Cuando quiso darse cuenta, estaba confinado con todo su saber, sus libros y cachivaches, entre las cuatro paredes de aquel sótano en el que ni su mujer ni sus hijos obtuvieron nunca permiso para entrar.

La madre había deseado tanto tener hijos que cuando la asaltó aquella maternidad tardía se encontró con que el mismo deseo la había dejado sin fuerzas. Fue dar a luz y convertirse en una anciana que jadeaba en las escaleras, como si el esfuerzo de empujar a la vida a aquellos dos muchachitos idénticos hubiera puesto punto final a la suya. Los miraba llorar de hambre, con la expresión perdida y los labios abiertos de asombro, y era la vieja criada que la había cuidado a ella de bebé la que tenía que acudir al reclamo por los pasillos del caserón, loca de urgencia. Con la misma expresión de estúpida conformidad contempló los primeros pasos de sus hijos, los primeros y aparatosos porrazos contra escalones y barandillas, las primeras travesuras e intercambios de ropa en los que Alma afirmaba cerrilmente ser Andrés y Andrés ser Alma, y los dos se reían como demonios mientras la vieja criada los desnudaba a empellones para demostrar la impostura.

Alma y Andrés crecieron algo selváticos, encaramados sobre las rocas con las greñas al viento, aunque todos los días el padre salía de su refugio subterráneo para obligarlos a permanecer varias horas en la sala de estudio, devanándose los sesos sobre largas operaciones matemáticas y declinaciones latinas, y al que osaba quejarse le palmeaba la mano con una regla de madera que esgrimía amenazadora, como un látigo. Un día *de* primavera en que el encierro resultaba especialmente incómodo les enseñó algo increíble: unas láminas que representaban una especie de mono que se iba poniendo de pie y quedándose sin pelo hasta convertirse, como quien no quería la cosa, en un humano con taparrabos y lanza. Les dijo que ellos dos, lo mismo que su madre, y la vieja criada, e incluso él, padre y maestro en uno, descendían de ese mono que un día se había levantado y había empezado una carrera de millones de años, pero que no debían comentarlo, y menos delante de algún cura, porque en aquel apartado rincón del mundo el saber y el progreso tenían enemigos por todas las esquinas. A los chavales, que por aquel entonces acababan de cumplir los diez años, no les preocupó demasiado lo de los enemigos del saber, pero les fascinó el dibujo del mono que empezaba a ser hombre, asumieron con tanta alegría su parentesco con él que a partir de aquel día jugaron a subirse a las rocas *de* la playa lanzando gritos simiescos y dándose golpes en el pecho.

Aquel mono que se asomaba con timidez a su condición de hombre fue, precisamente, el primer dibujo serio que hizo Andrés. Se sentó en el jardín trasero, protegido del viento del mar por los sólidos muros del caserón, y allí se dedicó durante varias tardes a emborronar papeles con un carboncillo hasta lograr una versión aceptable del hombre-mono. Alma le acompañaba, observándole silenciosa al principio, uniéndose a su tarea al fin, y todos los días les pillaba el crepúsculo con las

---

cabezas inclinadas sobre sus cuadernos de dibujo. Después del hombre-mono vinieron los apuntes del natural: los parterres de flores que la criada vieja cuidaba y defendía con uñas y dientes de cualquier incursión infantil o animal; la fachada trasera de la casa, con el columpio herrumbroso y la colada tendida al viento; la gatita que había parido y amamantaba, tendida y paciente, a su numerosa prole; el perrillo cojo que era el favorito del padre y que tenía una mirada avispada y triste. El padre revisaba de vez en cuando los dibujos con un gesto severo en el que parecía adivinarse una cierta complacencia, y solo abría los labios para pronunciar el nombre latino de alguna planta o animal que sus hijos hubieran dibujado con especial acierto.

Entre los dos hermanos habían reunido ya una buena colección de cuadernos llenos de apuntes cuando Andrés decidió abordar su primer retrato y se pasó una tarde concentrado en el perfil de su madre, que bordaba en silencio sentada en el jardín. Se fue la luz del sol, la madre se levantó, recogió sus instrumentos de costura en un cestillo y se marchó renqueando sin decir nada, y allá fuera quedaron los dos hermanos, sentados hombro con hombro en el jardín en penumbra. Andrés tenía los pelos revueltos de pura desesperación y el asiento rodeado por los retratos que había arrancado furiosamente, apenas esbozados, de su bloc de dibujo. En el rostro de Alma había una sonrisa beatífica: sujetaba sobre las rodillas una lámina en la que podía verse un perfil tan parecido al de la madre como habría podido serlo una fotografía, adelanto técnico cuya existencia Alma ignoraba por aquellas fechas. Andrés miró entonces el dibujo de su hermana y notó en su interior un sentimiento nuevo. El ruido que hizo al ponerse de pie sacó a Alma de su ensueño.

—Me voy dentro —se limitó a decir.

Alma alzó los ojos para contestarle, pero se quedó muda. Fue la primera vez que se encontró con aquel desconocido que tenía la apariencia *de* su hermano pero que la miraba con dureza, sin simpatía alguna, como recién llegado a su vida. El desconocido se alejó por el sendero dejando tras sí un reguero de papeles arrugados. Alma se quedó allí sola mucho rato, tiritando por el frío y la humedad de la noche, con el bloc de dibujo apretado contra el pecho. Fue la primera vez, pero aquel desconocido habría de volver, a partir de aquel día, muchas otras veces.

Andrés anduvo unos días frenético, garabateando sobre las más variadas superficies del caserón cuanto rostro se le ponía por delante y sin conseguir un resultado mínimamente aceptable, y después pasó otros tantos días en un mutismo total, concentrado en su fracaso. Alma lo vio salir de casa una mañana muy temprano, caminando a zancadas y con un cartapacio bajo el brazo, y lo persiguió cuesta arriba hasta alcanzarlo en el acantilado sobre la playa. Llegó en el momento en que Andrés abría la carpeta y comenzaba a arrojar sus dibujos al viento, todos, sin distinción de género ni de calidad. Tenía doce años y se sentía el más desdichado de los hombres. Pero el viento soplaba en dirección a la tierra aquella mañana, y lo que él había previsto una escena de grandeza y renuncia trágicas derivó en una pantomima algo cómica, con su hermana correteando por la ladera en pos de los papeles, con las faldas alborotadas y las enaguas al aire. Andrés prometió a voces no volver a dibujar nunca; Alma recuperó casi todos los bocetos y los guardó, cartapacio incluido, en el fondo del armario de su habitación. Los dos hermanos no volvieron a hablar de aquel episodio. En el mismo cartapacio, boca abajo, como castigado, Alma escondió el retrato de su madre.

Los días en que había invitados eran las únicas ocasiones en que la familia se reunía al completo en torno a la mesa; normalmente, el padre se hacía bajar una bandeja al laboratorio y los niños comían en el cuarto de juego con su madre, que los miraba silenciosa y con los ojos de par en par, como previendo una inminente travesura a la que ella no sabría hacer frente. Pero cada cierto tiempo se presentaba en la casa uno de los antiguos colegas de los tiempos universitarios del padre, de esos que lo admiraban secretamente pero que jamás se atreverían a defenderlo en público, y entonces el comedor se animaba con la luz de los candelabros y el ir y venir de los criados. El más asiduo era un hombre barbudo y corpulento, ya jubilado, que era toda una eminencia en la capital y que andaba siempre a vueltas con la idea de crear un museo en homenaje a las glorias patrias. Charlaba mucho y escuchaba poco, lo que era de agradecer ante tan silencioso auditorio, y respondía al nombre de don Ezequiel.

Don Ezequiel acertó a invitarse a sí mismo a cenar, como habitualmente hacía, varias semanas después del episodio del retrato de la madre. Alma llevaba todo ese tiempo espiando de reojo a su hermano sin atreverse a preguntarle nada. Andrés solo hablaba con ella de intrascendencias, no había vuelto a dibujar una línea y había recibido varios palmetazos de la implacable regla de madera del padre por contestar con

insolencia. En una ocasión, el castigo físico había llegado a una sarta de correazos con el cinturón: Andrés se había escapado de casa al galope, tras birlar uno de los caballos de la cuadra, y había ido cabalgando como un salvaje, bajo la tormenta, al pueblo vecino. Lo trajo de vuelta el párroco, que en su fuero interno venía encantado de echarle en cara al profesor Luena las tendencias antisociales de su hijo, capaz de apedrear las estatuas de ángeles y Cristos del cementerio. El padre pagó sin rechistar los daños y luego desahogó su rabia con la cinta de cuero sobre la espalda y el trasero de Andrés. Éste no volvió a sentarse con normalidad durante varios días, en parte por la carrera al galope y en parte por el cinturón del padre, pero Alma lo oía reírse a carcajadas por la noche desde su dormitorio: le había roto la cara a un ángel que la tenía especialmente hermosa.

La noche en que don Ezequiel se quedó a cenar, se levantó una tempestad de esas que ululaban por las esquinas del caserón rompiendo cristales y batiendo contraventanas, y se hizo evidente que el regreso del eminente polígrafo local a la ciudad debía posponerse para el día siguiente. Durante la cena, el orondo invitado hizo los honores a cuanto se le sirvió en el plato, sin que el detalle de tener la boca constantemente llena le privara de exponer su proyecto de museo y de comentar las últimas tendencias de la pintura, que él había conocido en sus viajes a París y que, por fortuna, aún no se habían implantado por aquellos pagos, donde los artistas seguían representando lo que veían como lo habían visto desde hacía siglos los grandes maestros, como el público esperaba verlo; en definitiva, como Dios mandaba. Durante todo el discurso, Alma miraba a hurtadillas a su hermano, que estaba aburrido y ausente, como si en lugar de hablar de pintura, don Ezequiel estuviera ventilando algún tema que a él no le afectara en

absoluto. Alma rumió su plan en silencio hasta el final de la cena, y cuando por la noche la casa se quedó en calma y se apagaron los pasos de los adultos sobre las alfombras, salió de su dormitorio perfectamente vestida, armada con una palmatoria y con el cartapacio de los dibujos bajo el brazo, y se dirigió al cuarto de invitados. Le abrió don Ezequiel, algo alarmado, cubierto por una camisa de dormir que le había prestado su anfitrión y que se le pegaba no muy decorosamente al torso. Miró de hito en hito a la niña de pelo pajizo que, sin mediar palabra, le tendió una gigantesca carpeta sujeta con lazos. Se quedaron así los dos unos segundos, el viejo sintiéndose medio desnudo y ridículo, la niña con el ceño fruncido y preguntándose por qué precisamente entonces tenía que asaltarle el mutismo a un hombre tan locuaz.

— Señor, son nuestros dibujos. Me gustaría enseñárselos.

El enfado revoloteó unos instantes por los ojos terribles del hombre en camisón, pero finalmente cedió paso a una risa incontenible. Don Ezequiel alzó la mano, no para tomar el cartapacio, sino para dar unas palmaditas condescendientes en la cabeza peinada con trenzas.

— Mi niña, dibujar, qué idea. Las señoritas educadas deben pensar sobre todo en cuidar de sus madres. Y si acaso, en tocar el piano.

El gordo don Ezequiel cerró la puerta y tardó poco en roncar satisfecho, pero a Alma le dio el amanecer sentada en el suelo del pasillo, con los brazos alrededor del cartapacio y el rostro enterrado en las rodillas.

A la mañana siguiente, cuando ya don Ezequiel se bamboleaba en su *coche* camino de la ciudad, Alma entró muerta de sueño en el cuarto de estudio y se encontró a su hermano sonriendo con gesto ausente frente a la mesa, mientras la ventana abierta batía rítmicamente contra el marco al



compás de la corriente de aire. Alma no se atrevió a cerrarla: algo en la expresión perdida de Andrés, en su mano que se movía arriba y abajo sobre un papel, se lo impidió. Andrés estaba dibujando. El papel parecía a punto de echar a volar con la ventolera, pero el muchacho no lo miraba, tan sólo añadía líneas y más líneas en un movimiento mecánico. Alma se sentó a su lado sin decir nada y lo miró hacer. Andrés se había dibujado a sí mismo de espaldas, oteando el paisaje desde la ventana del cuarto de estudio, pero la vista que se abría ante él no eran el habitual jardín y la llanura verde que se perdía en el horizonte, sino una simple maraña de líneas oblicuas, ondulantes, frenéticas, que se estaban colando por la ventana abierta y empezaban a inundar la habitación. La mano de Andrés continuaba trazando líneas arriba y abajo, rayando el papel, a punto de taladrarlo, al ritmo de los golpes de la ventana real. De pronto, vio a su hermana y se detuvo, sonriendo aún más.

—¿Oyes, Alma? —dijo—. Es el viento. ¿Tú crees que será posible atrapararlo en un papel?

Pasaron los años y los dos hermanos siguieron dibujando incansablemente, a todas horas. Andrés olvidó su promesa y Alma olvidó al gordo don Ezequiel. El cartapacio salió de su encierro en el fondo del armario y la colección de apuntes se fue ampliando, pero Alma dejó escondido bajo la ropa doblada el retrato de su madre que tan poco le había costado llevar a cabo. Andrés parecía haberse olvidado de la habilidad de su hermana, porque bromeaba sobre su limitación corno si la compartieran ambos: la culpa de que fueran incapaces de retratar un rostro humano la tenía aquel simio de la lámina de su padre, fue lo primero que dibujaron y sus facciones se superponían sobre las de cualquier persona que les sirviera de modelo. Podían ponerles delante el rostro humano más hermoso, y ellos pintarían un mono. Alma le dejaba desvariar, en silencio.

Hubo días felices, en que parecieron recuperar su paraíso compartido: juntos en la playa, protegiendo con las cabezas unidas las hojas que querían cobrar vida y revolotear con el viento; sentados codo a codo en el jardín, compitiendo en captar la expresión atribulada del gatito más débil de la camada, al que sus hermanos mordían y que tenía siempre el hociquillo despellejado. Pero de pronto llegaba un día en que el desconocido se adueñaba del rostro y el cuerpo y los andares

por eso Andrés huía de su hermana y se las ingeniaba para desaparecer durante horas. Como el cochero vigilaba ferozmente los caballos por orden del padre, se veía obligado a huir de la casa a pie, o deteniendo con su sonrisa de muchacho encantador algún vehículo que pasara por el camino. Viajó en carros de campesinos, en alguna bicicleta prestada o puede que robada, hasta en un carronato de gitanos. La primera vez que desapareció un día entero, a la vuelta lo estaba esperando el cinturón de cuero del padre, doblemente iracundo por haberse visto obligado a abandonar su laboratorio durante las horas de angustiosa espera. Andrés parecía inmunizado contra el dolor: las palizas que lo dejaban doblado durante días le proporcionaban una satisfacción extraña. Se empezó a hablar de él por los alrededores: el hijo del profesor Luena había sido visto en tal o cual pelea de muchachos, bebiendo hasta vomitar en cualquier esquina, emprendiéndola a pedradas contra las paredes del párroco, huyendo furtivamente de un granero en el cual se declaró poco después un misterioso incendio. Alguien contó que creía haber visto una silueta semejante a la suya colándose de noche por la ventana de una granja habitada por una viuda y sus tres hijas; a la semana, toda la comarca juraba haber descubierto a Andrés trepando por árboles, aupándose sobre muros, saltándose barandillas. Andrés escuchaba y callaba, muerto de risa. A la criada más jovencita de la casa, una chiquilla apenas, vino un día a reclamarla su padre, un campesino cejijunto que decidió que prefería cargar él con la muchacha, vista la fama.

Alma pasó muchos días y alguna noche a la espera, dándose con las paredes del dormitorio en su deambular sin objetivo, hasta que el golpear de unas piedrecitas contra el cristal le indicaba que ese desconocido que tenía la apariencia de Andrés andaba rondando al pie de su ventana. Entonces

Alma corría escaleras abajo, descalza para no hacer ruido, jurándose entre dientes que esa era la última vez que jugaba a ser cómplice, y cuando abría la pesada puerta el desconocido entraba en la casa sin una palabra, y sin una sola palabra se encerraba en su habitación. A Alma le duraba la rabia hasta el día siguiente, y cuando se abría la puerta de la sala de estudio y aparecía el Andrés de siempre, bien es verdad que algo encorvado y dolorido, pero buscando ansioso con los ojos a su compañera de juegos y de inspiración, Alma luchaba por hacerse la remolona, esquivaba su mirada y sus sonrisas, se enfrascaba muy seria en sus libros sin responderle, pero la determinación no le duraba más allá del mediodía: por la tarde ya andaban los dos hombro con hombro recorriendo los senderos con sus trastos de dibujo.

Aquel paraíso intermitente duró hasta el verano de sus quince años, hasta una mañana de finales de agosto en que, al entrar en la habitación de estudio, el padre anunció con voz campanuda que Andrés, como proyecto de caballero y de hombre cabal que era (aquí no pudo evitar un leve carraspeo), debía en breve abandonar la casa para seguir sus estudios en un internado. Andrés lloró y porfió como un crío, derramó lágrimas por él y por su hermana, que se quedó helada e inmóvil ante el anuncio del padre, y envuelto en lágrimas se alejó de la casa una mañana de septiembre, asomando el rostro enrojecido por la ventanilla del coche que lo llevaba hasta la estación. Alma lo vio partir desde la entrada, atónita, y se quedó con la mano en alto cuando ya los caballos y el coche habían desaparecido tras una revuelta del camino. Entonces subió lentamente las escaleras hasta su cuarto y se miró en el enorme espejo que cubría la puerta del armario. Se vio sola, pequeña, extraña, reducida a la mitad. Desde ese día retomó la costumbre de vestirse con las ropas de su hermano: lo hacía de

noche, cuando nadie andaba pendiente de ella, y se miraba durante horas en el espejo, a la luz de una vela, transformada en muchacho.

Andrés siguió llorando y porfiando por carta. Los estudios se le daban mal, los profesores le parecían unos viejos resecos e inhóspitos. Le interesaban poco los libros y prefería dedicar su tiempo al dibujo; escribía a su hermana varias veces por semana, y en cada misiva le incluía algún apunte, la vista desde la ventana de su dormitorio, el patio con los muchachos del internado haciendo gimnasia, siempre tomados de espaldas. A vuelta de correo recibía un sobre abultado de Alma, y al abrirlo caían sobre su mesa pedazos de su vida antigua, la playa de sus primeras correrías con la espuma saltando sobre las olas, el mar tragándose el disco del sol, y la melancolía le agarrotaba hasta dejarle sin respiración, y más de una vez se le cayeron lágrimas como puños sobre la mesa de pino en la que varias generaciones de estudiantes alejados de casa habían grabado sus nombres, la letra de una canción o la fecha de algún noviazgo. Cada vez que llegaban las vacaciones sucedía la misma escena: los dos hermanos presentían el momento exacto aunque ningún adulto lo sabía con certeza, y Alma bajaba las escaleras de la casa como una exhalación, con las trenzas al viento, atropellando a quien se le pusiera por delante, porque tenía que abrir la puerta en el preciso instante en que los caballos asomaban el hocico espumeante por la revuelta del camino, y más valía que el cochero comenzara entonces a frenarlos porque estaba claro que era inútil intentar evitarlo, el señorito Andrés se tiraba en

marcha y recorría los últimos metros corriendo como un desenfrenado, hiciera frío o calor, y por el camino se iba quitando la corbata y la gorra con el escudo del internado y los arrojaba tras de sí, de forma que cuando llegaba al sendero del caserón y se daba de bruces con la señorita Alma, ambos parecían unos salvajes, desgredados y sudorosos, quién habría pensado que esa danza a la que se entregaban con las manos enlazadas la interpretaban los hijos de una «familia bien» y no dos pilluelos de la peor calaña.

En las primeras vacaciones les regalaban una caja de acuarelas, que repartieron equitativamente cuando a Andrés le tocó volver al colegio, y a partir de aquel momento los sobres que intercambiaban por correo les llegaban más abultados, porque ya no contenían simples dibujos, sino el papel grueso y levemente arrugado por la pintura al agua, y según hubieran hecho el reparto de colores los paisajes de uno y otra tenían la luminosidad de los dorados o la luz fría de una noche de luna. El empleado de la oficina de correos más próxima conocía a Alma y la saludaba con alegría; era un oasis en su jornada ver aparecer a aquella muchachita de pelo pajizo a la que acompañaba siempre una criada viejísima que rezongaba por todo, pero a la que también se le iluminaba un poco la cara cuando del sobre venido de tan lejos salía una acuarela que representaba un río con sus orillas pobladas de juncos o las siluetas alborotadas de unos muchachos que caminaban en fila, todos de espaldas, por el sendero de un parque.

La primera vez que el empleado de correos tuvo que decirle a Alma que no había correspondencia a su nombre, le supo tan mal como desengañar a su propia hija. La muchachita, con todo, no dejó traslucir emoción alguna en su rostro, como tampoco lo hizo a la semana siguiente, ni a la otra. Al empleado, sin embargo, se le agarraba la tristeza a la garganta

cada vez que le decía que no; era algo que jamás le había ocurrido en sus largos años de funcionariado y que le traía por la calle de la amargura, descentrado y torpe en su trabajo, hasta el punto de cometer algún error imperdonable. Por eso, el día en que llegó un sobre gordísimo a nombre de la muchacha que vivía en el caserón de la colina, la hija del científico medio loco, el empleado anduvo todo el día removiéndose de ansiedad en el asiento, y cuando vio aparecer la cabecita pajiza al otro lado del mostrador, no pudo contenerse y esgrimió en alto el abultado sobre, como si se tratara de una bandera, ante el asombro del señor al que estaba atendiendo en ese momento.

Alma salió de la oficina de Correos con el sobre apretado contra el pecho, a pasos apresurados, y no consintió en abrirlo hasta estar encerrada en su habitación, sentada en la cama. Había venido todo el camino palpando la carta y calibrando su dureza, ahí dentro había algo de madera y luego un papel que se movía, pero, sobre todo, ahí dentro estaban los ojos y las manos y las palabras de Andrés. Lo rasgó de un movimiento seco y dejó caer el contenido sobre la cama. Había un pequeño lienzo montado rudimentariamente sobre una lámina de madera y una hoja arrancada de un cuaderno que revoloteó un instante sobre la colcha. El lienzo representaba un paisaje de los que Alma habría reconocido en cualquier rincón del mundo, porque estaba filtrado por la mirada de Andrés. La novedad era la calidad de las pinturas empleadas, que ya no estaban difuminadas por el agua, sino que se concentraban en capas gruesas que en ciertos lugares llegaban incluso a alcanzar relieve. Alma pasó suavemente el dedo corazón sobre los leves montículos de pintura amarilla y ocre y verde mar, como retardando el momento de enfrentarse al mensaje contenido en el pedazo de papel. Finalmente lo hizo. Andrés había escrito con letras irregulares y apresuradas: «Mi primer óleo. Estoy



aprendiendo del señor Lepage. Es francés y es el nuevo profesor de Historia. Sabe pintar».

Las siguientes vacaciones, cuando Alma se lanzó sendero arriba para salir al encuentro de su hermano, se lo encontró muy alto y formal, algo distraído. La danza de bienvenida va no degeneró en aquel guirigay de salvajes que hacía reír a carcajadas al cochero y enrojecer de vergüenza a la vieja criada, que por algo los había cuidado desde bebés y se sentía responsable de su mala educación. Los dos hermanos se abrazaron sonrientes, se miraron, algo extrañados, como si hubieran pasado muchos meses desde la última vez que se vieron, y echaron a andar hacia la casa charlando como adultos. Andrés le habló de su nuevo profesor, el señor Lepage, Monsieur Lepage, Gerard, como le llamaba cuando estaban a solas. Era un hombre joven, venía de París, había viajado y sabía de pintura. Alma solo pudo contar que en los meses en que él había faltado de casa había llovido mucho, y que la madre había enlazado un resfriado con otro hasta el punto de no salir de su habitación, donde prácticamente había hecho su vida, rodeada de sus artilugios de costura y de las sucesivas camadas de gatitos que habían ido naciendo. Andrés le comunicó, entusiasmado, que Monsieur Lepage le había hablado de un pintor alemán que siempre colocaba a sus personajes de espaldas al espectador, y aun así era famoso y se le consideraba un buen artista. Alma le informó de que el padre andaba malhumorado porque no sabía qué problemas en sus maniobras del laboratorio, y que a veces se pasaban los días sin que

n la casa se oyera más voz que las retahílas de la criada vieja, a la que no le gustaba nada cómo funcionaban las cosas en aquella familia. También habría podido contarle que, con la lluvia, los paseos hasta la oficina de correos del pueblo para recoger sus cartas se habían hecho trabajosos y molestos, y que siempre regresaba con los botines y los bajos embarrados, pero no pudo hacerlo porque ya Andrés se había separado de ella para correr hacia el coche, que se había detenido frente a la puerta de la casa, y del que el cochero bajaba en esos instantes un instrumento de madera con largas patas. Andrés lo tomó de sus manos y lo exhibió con el orgullo reverencial de quien enseña un artilugio mágico. Era el presente del orgulloso profesor Lepage a su alumno predilecto: un caballete.

Con Andrés llegó el buen tiempo: salió el sol, la lluvia concedió una tregua y el barro del camino se secó. La madre se animó a levantarse de la cama y hasta acompañaba a sus hijos algunos días, con su pasito de caracol, en un trecho de sus excursiones al acantilado sobre la playa.

Las sesiones de pintura frente al mar se hicieron aquel verano menos espontáneas y adquirieron cierta aparatosa solemnidad: había que salir de casa con el caballete, el lienzo, la paleta y la caja de pinturas, y había que hacerlo a horas previamente elegidas, porque no era lo mismo captar los rayos del mediodía sobre la superficie esmerilada del mar que pintar las olas tragándose el último sol del crepúsculo, y Andrés andaba empeñado en el proyecto de realizar, antes de su vuelta al internado, una serie de pinturas que reflejaran la playa de sus juegos de infancia a las distintas horas del día. También había que pensarse muy bien dónde plantar el caballete, y el muchacho caminaba arriba y abajo sobre la hierba, seguido por su hermana, como un militar que calibrase muy mucho por qué flanco atacar al ejército enemigo. Una vez elegido el ángulo

adecuado, montar el tinglado llevaba su rato y era una tarea que había que hacer en respetuoso silencio. Cuando, al fin, estaban ordenadas las pinturas y pinceles, colocado el lienzo sobre el caballete y dispuesta la paleta, Andrés rompía su mutismo preocupado y se volvía hacia su única espectadora, que se había aposentado sobre la hierba con las faldas esparcidas alrededor y le miraba con los ojos abiertos como platos. Entonces procedía a transmitirle las enseñanzas recibidas del señor Lepage, pavoneándose y con la voz un poquito campanuda, hasta que el pincel entraba en contacto con el lienzo y la mano se le iba sola: entonces sucedía el milagro diario y retornaba el Andrés de siempre, con los mechones alborotados sobre la frente y la mirada inquieta, y Alma podía abandonar su pose de alumna dilecta y levantarse y opinar y hasta quitarle el pincel de las manos y hacerlo volar sobre el lienzo. Discutían, pintaban, observaban, se criticaban, se manchaban de pintura; se dejaban caer, finalmente, agotados sobre la hierba. Fruto de aquellas expediciones diarias fue una colección de lienzos que, según la vieja criada, eran todos el mismo, con tanta agua y tanta espuma y tanta arena, vaya empeño el de aquellos muchachos por encerrar el mar.

Cuando el coche que llevaba a Andrés a la estación se perdió en el recodo del sendero al final de las vacaciones, la primera idea que asaltó a Alma fue la perspectiva de las caminatas hasta la oficina de correos del pueblo, aunque algo le decía que a partir de ese momento las cartas de su hermano iban a hacerse esperar. Se acercaba el otoño y volvió la lluvia. La madre se encerró de nuevo en su tos cavernosa y en su dormitorio. Cayeron las hojas de los árboles y el tiempo se extendió frente a Alma como una larga alfombra sin pisar, recta, interminable. El padre, que había perdido por completo el interés en la educación de sus hijos desde que Andrés no

estaba en casa, ya ni se molestaba en disimularlo poniéndole a su hija alguna tarea inconexa o repetida, elegida al azar. Alma se metía todas las mañanas en el cuarto de estudio, por inercia, rumiaba su soledad frente a un libro polvoriento de la biblioteca.

Una noche soñó con el gordo don Ezequiel, el ilustre erudito local, que se le apareció enorme, con su gran barriga cubierta por un camisón blanco, y le dijo amenazándola con el dedo: «Las señoritas educadas cuidan a sus madres y tocan el piano. Tocaban el piano. Tocaban el piano»... Se levantó a la mañana siguiente transfigurada, loca *de* alegría, y se pasó horas espionando a su padre en las escaleras del sótano, para pillarle en una *de* sus breves salidas del laboratorio y comunicarle que quería dar clases de música. El padre la miró con estupor, poco acostumbrado a enfrentarse a un rostro humano a aquellas horas, y le dijo que sí, que muy bien, que ya le buscarían una señorita que le diera clase, si es que aún se podía usar el piano del salón, que debía de tener cincuenta años. A Alma le costó otras tantas horas de espera el abordar de nuevo a su padre y explicarle que lo que ella quería era ir a la ciudad, seguramente habría profesoras muy buenas, podía llevarla el cochero, solo sería un par de *veces* a la semana y así haría amigas. Era la primera vez en casi dieciséis años que su hija le pedía algo, y al viejo científico le cogió tan de improviso que no encontró motivo para decir que no.

El gordo don Ezequiel le consultó la siguiente vez que se invitó a sí mismo a cenar intempestivamente, y recomendó con gran alarde de epítetos a una señorita ya de cierta edad que podría haber llegado a ser una gran concertista *de* piano si no se lo hubiera impedido la modestia propia de su sexo, y que impartía clases en su casa del barrio viejo. El padre de Alma llamó al cochero y le encomendó a su hija con la misma

solemnidad que si le concediera su mano; sacó luego un fajo de billetes de su escritorio para pagar las clases por adelantado y se lo entregó a su hija, que en su vida había visto tanto dinero junto; cerró el escritorio, despidió al cochero y a su hija y, exhausto tras tanto asunto doméstico, se encerró en su laboratorio.

Al día siguiente, Alma partió a la ciudad para recibir su primera clase de música.

En la ciudad también llovía y el viento ululaba por las callejas como si se hubiera perdido en aquel laberinto años atrás y no consiguiera encontrar la salida, pero el empedrado no llegaba a embarrarse y era posible caminar por él con dignidad y sin ponerse perdido el vestido que la vieja criada le había confeccionado para su presentación en la vida urbana. Las calles le parecieron a Alma un prodigio de animación, a pesar del mal tiempo: las muchachas paseaban en parejas, acompañadas por sus madres las más distinguidas y del brazo y hablando a voces las que iban al mercado o al taller de costura. De vez en cuando, un caballero bien trajeado se detenía al paso del coche de Alma y miraba al interior con el ceño fruncido, intrigado, como si pasara una hermosa dama.

La señorita Marga tenía muchos más años que Alma, pero era tan espiritual y delicada que la muchacha lo que deseaba con todas sus fuerzas era hacerle un retrato, en lugar de pegarse con las partituras y los dedos que le resultaban muy pocos para todas las teclas que tenía que pulsar. A veces se la quedaba mirando embobada, sobre todo cuando se detenía sobre las cortinas de terciopelo, tarareando las notas que Alma martilleaba al piano, y su silueta se recortaba sobre el fondo rojo, blanca y exquisita como una flor. Alma era una alumna despistadísima que venía con los deberes sin hacer y se quedaba de pronto colgada en mitad de la ejecución de un ejercicio, con

los dedos hechos un nudo sobre el teclado, pero a la señorita Marga, más que irritarla, aquella muchacha le intrigaba. Un día la dejó sola porque la criada estaba enferma y no podía atender a la puerta, y al regresar al salón donde daban la clase se encontró con que Alma, en lugar de practicar su pieza, se había puesto a hojear una pila de periódicos locales con una ansiedad tal que la señorita Marga retrocedió en silencio, sin atreverse a entrar.

Profesora y alumna se espiaban mutuamente, con disimulo: Alma, intentando atesorar en el recuerdo las peculiares líneas que hacían a aquella señorita soltera y vagamente ridícula un objeto digno de ser dibujado; la señorita Marga, buscando descifrar el misterio que ocultaba aquella muchachita tan torpe a la que, era evidente, el piano no le interesaba en absoluto.

En varias ocasiones, Alma le pidió que terminaran un poco antes la clase, porque tenía que hacer algunos encargos de su madre en la ciudad, y la señorita Marga se lo concedió sin poner ninguna objeción, aunque convencida de que Alma tramaba algo. Un día, la muchacha le dijo al despedirse que le sería imposible acudir a la siguiente clase por motivos familiares, y la señorita Marga estuvo segura de que mentía pero asintió con una sonrisa sin decir nada. Cuando al cabo de dos días llegó la hora de la clase que había sido cancelada, la profesora se apostó en la ventana, tras el visillo a medio descorrer, y no se extrañó demasiado al ver aparecer el coche de la muchacha, con el habitual cochero alto y bigotudo en el pescante. Se abrió la portezuela y Alma descendió cargada con una bolsa de viaje, hizo un gesto de despedida al sirviente y echó a andar hacia el portal. El cochero aguardó unos instantes, luego los caballos arrancaron y el coche desapareció tras la esquina. Hubo un momento en que la chica salió del campo visual de la profesora de piano, por más que esta se puso de puntillas y estiró el cuello



como un ganso; por un instante, la señorita Marga pensó que su alumna había entrado efectivamente en el portal y que al poco la tendría en el salón explicándole que sus problemas familiares se habían resuelto finalmente. Pero no. No habían pasado ni tres segundos cuando la vio reaparecer alejándose calle arriba a pasos enérgicos, bamboleando la bolsa que parecía haberse vuelto muy ligera de repente, hasta perderse de vista.

En su siguiente clase con Alma, la señorita Marga tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo de concentración para que la cabeza no se le fuera del pentagrama al contenido de aquella misteriosa bolsa de viaje que había visto desde la ventana; de las corcheas y fusas y semifusas a la actividad furtiva a la que había dedicado su alumna la anterior tarde de jueves. Con todo, consiguió terminar la lección dignamente, y se limitó a morderse los labios cuando Alma le informó, tras destrozar varias piezas pianísticas de nivel elemental, de que en lo sucesivo solo podría venir un día a la semana, y que la clase de los jueves quedaba definitivamente cancelada.

La primera tarde en que Alma mintió a la señorita Marga y se escapó antes de tiempo de la clase de piano, se dirigió corriendo por las calles a una dirección que llevaba en un recorte de periódico apretado en el puño. Cuando llegó a su destino, un caserón cercano a la catedral, se apostó en la calle, despeinada y sin aliento, y clavó los ojos en la enorme puerta con aldabas de bronce, que se le antojó una barrera infranqueable. Allí permaneció durante un tiempo indeterminado. Vio entrar y salir a varios jóvenes armados *de* grandes carpetas que charlaban con animación. De pronto se puso a llover, y el agua que le caía por la frente la sacó de su embobamiento y le hizo darse cuenta de que, si no regresaba a toda prisa a casa de la señorita Marga, el cochero se iba a encontrar con la desagradable sorpresa de que su amita, cuyo cuidado le habían encomendado tan vivamente, había desaparecido.

Le costó varias carreras por las calles y varios engaños más a su profesora el atreverse a entrar en aquel portal tan transitado y a subir los escalones, que eran de mármol y parecían de museo. Llegó al piso principal y se detuvo en adoración de una placa dorada que decía: "D. Esteban Guzmán. Academia de Bellas Artes". Los estudiantes entraban y salían con ordenada energía, todos llenos de estuches y cartapacios, todos bien vestidos, todos varones. En aquel tráfico de

entradas y salidas, la puerta se quedó entreabierta y Alma acercó la cara a la rendija con el corazón palpitante: frente a ella se abría un largo pasillo acristalado que daba la vuelta a un patio central, y en torno a él, en distintas estancias luminosas, se le reveló un paraíso de cabelletes y muchachos armados de pinceles y carboncillos, que esbozaban, observaban, tornaban apuntes del natural. Uno de los que salían se chocó con Alma, que estaba pasmada en mitad de la puerta, y se volvió a su compañero para hacer un comentario que el otro secundó con una risita maliciosa. Alma notó que la cara le ardía y bajó la escalera casi volando, agarrada a la barandilla.

Esa noche, sentada frente al armario de luna de su dormitorio, a la luz de una vela, cortó de un solo tajo su larga trenza, sin vacilar. No le dolió verla tirada en el suelo, como una culebra muerta; la odiaba, igual que a todo lo que la situaba en la parte del mundo reservada a las mujeres. Se vistió con ropas que había traído de la habitación de su hermano: eran la chaqueta y el pantalón que Andrés se ponía las escasas veces que iban a misa con sus padres, y que el muchacho detestaba porque decía que no le permitían moverse. Al volver frente al armario, Alma vio en el fondo del espejo a un Andrés de ojos tristes, y por un momento cedió a la ilusión de creer que la imagen iba a tomar la palabra por su cuenta, para pedirle disculpas por no haberle escrito desde su marcha al internado. Extendió la mano hasta que el frío del cristal la sacó de su fantasía; conmovida a su pesar, se agachó para recoger la trenza del suelo y la guardó de un manotazo en un cajón. A partir del día siguiente, en lugar *de* cepillarse interminablemente la melena frente al tocador, el acto matutino de peinarse consistió en sujetarse la trenza con horquillas a la nuca y enroscarla para formar un moño. Lo hizo con tanta habilidad que ni siquiera la vieja criada —bien es verdad que andaba algo débil de la vista—

notó el engaño. Alma sintió que sus vestidos, sus camisas de hilo, sus enaguas, sombreros y lazos y su condición misma de mujer habían pasado a convertirse en un disfraz, y experimentó una felicidad insospechada.

Comía cada vez menos y, al cabo de un par de semanas, las redondeces ya no le asomaban bajo las ropas de domingo de su hermano. Fue entonces cuando informó a la señorita Marga de que no acudiría a clase el jueves siguiente, y, con una emoción que no recordaba haber sentido jamás, se encontró armada con una bolsa llena de ropas masculinas frente a la entrada de la Academia de Bellas Artes.

El director, que había conocido a su padre años atrás, saludó con retórico entusiasmo al hijo del eminente profesor Luena, al que no dudó en calificar de filántropo y hombre entregado a una elevada e incomprensible misión; Alma, que se había vestido con las ropas de su hermano en el último rellano de la escalera, aterrada por la posibilidad de que se abriera alguna puerta y un vecino la descubriera *in fraganti*, estaba demasiado preocupada por si se había abrochado mal la chaqueta o puesto la camisa al revés, y apenas prestó atención al discurso de bienvenida. Lo que vino a continuación fue como un sueño: se encontró caminando detrás del director, atravesando las distintas estancias en las que muchachos serios y concentrados apenas levantaron las cabezas de sus lienzos y dibujos. Una luz que le pareció sobrenatural entraba a raudales por las cristaleras y le daba al ambiente un aire cálido de invernadero. Un profesor joven con bigote le estrechó la mano con energía: era don Pablo, hijo mayor de don Esteban Guzmán, el director: en lo sucesivo, su profesor de dibujo.

Regresó a casa en un estado de excitación que ella misma ignoraba poder alcanzar. Se le hicieron eternos los días hasta el jueves siguiente, y sólo se consolaba de la espera ensayando

el momento en que le diría a su profesora de piano que las clases de música quedarían, definitivamente, reducidas a la mitad. La víspera de su primera clase en la academia, un presentimiento loco la hizo acudir corriendo a la oficina de correos, donde la estaba esperando una carta de Andrés que contenía noticias inesperadas. Regresó leyéndola por el camino, con el viento caracoleándole en el pelo y amenazando con dejar en evidencia su falso peinado femenino. Le pareció oír la voz entusiasmada de Andrés comunicándole que, en las próximas vacaciones de verano, emprendería un viaje a Italia con Monsieur Lepage, que se había tomado su educación como algo estrictamente personal. Alma se detuvo notando el viento que la empujaba por la espalda y le alborotaba las faldas, abrió los brazos de par en par y se echó a reír como una loca: su hermano era feliz y ella era la más feliz de las mujeres, cada uno a la orilla de su respectiva aventura; el hilo entre los dos seguía intacto, como cuando de niños él se caía en el jardín y ella, que bajaba en aquel momento la escalera, se trompicaba y rodaba por el último tramo hasta el vestíbulo, y al levantarse cada cual de su tropiezo se descubrían desolladuras idénticas en las rodillas.

La primera carta desde Italia tenía matasellos de Florencia y estaba escrita con una letra apresurada y desigual. En ella alternaban el texto y los dibujos hechos a pluma: un esbozo de la cúpula de la catedral, una barcaza navegando por el Amo, la mano surcada de venas del David de Miguel Angel. Las tres hojas que componían la carta de Andrés hablaban a gritos de felicidad y asombro, y Alma sonreía leyéndolas una y otra vez por la noche, a solas en su habitación, descontando las horas que faltaban para el jueves siguiente.

La semana tenía siete días, decían; para Alma, se componía de un tropel de momentos confusos a los que asistía como una espectadora distraída (los ratos *de* estudio *en* la biblioteca, las comidas con o sin padre, las evoluciones de sus dedos torpes y rígidos sobre el teclado del piano de la señorita Marga) hasta desembocar cada jueves en el último rellano de una escalera de la ciudad, donde se desembarazaba de sus ropas femeninas para meterlas hechas un arrugón en una bolsa de viaje que dejaba durante unas horas abandonada en un rincón discreto. «Un día de estos me van a robar la bolsa», pensaba cada vez que se alejaba vestida de muchacho. Y añadía, sonriendo para sí: «Y ese día dejaré de ser Alma para siempre». Sentía que se iba a comer el mundo, franqueando el umbral de la academia con su cartapacio debajo del brazo, respondiendo a cuantos la saludaban al pasar: «Buenas tardes, Andrés, cómo estás.»

La segunda carta estaba sellada en Venecia, y venía acompañada por un cartón en el que una imagen borrosa en distintos tonos de sepia mostraba a dos hombres en traje veraniego posando delante de un edificio suntuoso. Por detrás, la inconfundible letra *de* Andrés había escrito: " Monsieur Lepage y yo, frente a la Iglesia de Santa Maria della Salute " . Era la primera vez que Alma tenía en sus manos una fotografía, y le dio la vuelta una y otra vez, tontamente, sin terminar de reconocer a su hermano en la figura más menuda, la que miraba a la cámara con la barbilla levantada y gesto de desafío. Alma habría querido responder a la carta de Andrés, contarle que en la academia había aprendido a reproducir objetos a escala y que ahora se había enfrascado en la cuestión de los volúmenes, que una simple fruta sobre una mesa podía ser motivo de gozo y tribulaciones para un grupo de jóvenes durante varias sesiones, pero su hermano se despedía diciendo que iban a partir inmediatamente y que ya la informaría de su paradero. Llegó a las dos semanas una carta desde Pisa, luego otra desde Verona y, de repente, cuatro juntas, todas selladas el mismo día en Asís. Andrés había descubierto los frescos de Giotto y andaba medio trastornado, los frailes del convento ya lo conocían, era ese extranjero chiflado que deambulaba por las naves dibujando, y que de repente se ponía a escribir como un poseso una carta que corría a entregar a la oficina de correos, toda llena de frases inconexas, «oh este bendito Giotto, quién tuviera su sentido del volumen, y esos colores, ah los colores, si pudieras verlos». Alma devoró las cuatro cartas de un tirón y ya no pudo contenerse más: subió a la carrera a su dormitorio, se encerró con llave, atrancó a cal y canto las contraventanas y, a la luz de una vela, se arrancó la trenza sin miramientos y se envolvió en una camisa de Andrés; entonces, frente al espejo, le contó a aquel rostro que era también el de su hermano que don Pablo,

su profesor de dibujo, aunque trataba a todos sus alumnos por igual, se detenía más tiempo a observar sus trabajos que los de los demás; que la semana anterior había pintado a su primer modelo desnudo y lo había hecho sin vacilar ni sonrojarse, como un alumno más, saboreando su propia audacia; que le había pedido al padre acondicionar el desván como estudio de pintura y que la respuesta algo distraída había sido que sí. «Cuando vuelvas a casa, Andrés, tendré allí expuesto todo lo que he aprendido, ya verás, yo también he viajado, yo también he visto mundo, te vas a asombrar».

La primera carta con matasellos de Roma llegó el seis de agosto. Alma no olvidaría jamás esa fecha: era miércoles, ella regresaba de la oficina de correos con el sobre con la letra de Andrés apretado contra el pecho, venía a saltos por el camino haciéndose cábalas sobre su clase de dibujo del día siguiente, y al llegar frente al jardín de su casa se encontró con el inconfundible coche del médico. Durante su ausencia, la madre se había levantado con su pasito de caracol y, no sabían bien por qué, se había dirigido a la escalera. La criada vieja se la había encontrado en el recibidor, al pie del primer escalón, hecha un ovillo y delirando: a saber el rato que se había pasado ahí tirada, blanda como un pelele, tras rodar escaleras abajo. El padre andaba desconcertado por haber tenido que abandonar sus ocupaciones del sótano durante una tarde entera, y cuando vio aparecer a Alma, que venía con los pelos revueltos y sonrojada de emoción, le pareció que en ella se encarnaba la solución a todos sus desvelos. Le anunció, antes de desaparecer en su laboratorio, que tendría que cancelar la clase de piano del día siguiente para cuidar de la enferma; estaba claro que en la criada vieja ya no se podía confiar.

Alma se llevó el colchón al dormitorio de su madre y allí se instaló, atontada como si le hubiesen propinado un golpe en



la cabeza a ella también. Esa noche hubo una tormenta ruidosísima y la muchacha se la pasó en un duermevela, oyendo a su madre mascullar frases que ni siquiera intentó comprender. Una vez que se quedó medio dormida vio en sueños la figura redonda de don Ezequiel, que se reía condescendiente bajo sus bigotazos y le decía: «Las señoritas bien educadas, niña mía, deben pensar sobre todo en cuidar de sus madres». Quiso replicarle a gritos pero notó que le faltaba el aire; entonces se despertó, medio asfixiada, y se encontró con que un rayo iluminaba en ese instante la carta con matasellos de Roma, que había colocado, aún sin abrir, sobre una silla. Incorporada en el colchón y a la luz de una vela se puso a leerla. La madre pareció animarse al ver la actividad de su hija y lanzó la primera mirada inteligente del día.

—Es de Andrés, madre —le susurró Alma—. Habla del Coliseo y del Foro, que está dibujando piedra a piedra. Mire.

Y le enseñaba las hojas llenas de bocetos a pluma: unos escalones truncados, una columna medio rota, un torso sin cabeza. La madre sonrió y cerró los ojos.

No hubo clase de dibujo para Alma al jueves siguiente, ni al otro, ni al otro. El cochero bigotudo fue enviado a la ciudad para avisar cortésmente a la señorita Marga de que su alumna no podría asistir a clase por un tiempo indefinido. Pero nadie se acercó a la academia de Bellas Artes, y Alma tenía plantada en la cabeza la imagen de su puesto vacío en la sala de dibujo.

El estado de la madre empeoró, y la criada tuvo que renquear camino de la oficina de correos para poner un telegrama a Andrés, al hotel de Roma desde el que el muchacho había escrito la última carta. «Madre muy enferma. Stop. Te esperamos cuanto antes. Stop». La madre andaba perdida en un limbo extraño, feliz como no se la había visto nunca desde

el nacimiento de sus hijos: se reía por nada, como una niña, y se habría arrojado de la cama para ponerse a jugar si se lo hubieran permitido las piernas, que tenía blandas, como de trapo. De golpe le subía una fiebre altísima a la que saludaba canturreando, empapada en sudor. Se había quedado muy delgada y observaba con sus ojos enormes las idas y venidas de Alma, eficiente y preocupada, infinitamente más vieja que su madre.

A los dos días de haber enviado el telegrama, llegó una carta de Roma. La trajo el mismo empleado de la oficina de correos. El hombre quiso explicar que, a la vista del contenido del telegrama puesto días atrás —y en el que no había podido evitar fijarse—, había considerado su obligación llevar personalmente la carta del hermano ausente, aunque para ello hubiera tenido que colgar antes de hora el cartel de "cerrado" por primera vez en todos sus años de intachable servicio. Quiso interesarse también por el estado de la madre enferma y desear su pronta recuperación. Quiso, en fin, decir mil cosas, pero se limitó a tender el grueso sobre a la atónita Alma, repentinamente tímido, y se marchó tras saludar entre dientes a la muchacha pálida y ojerosa que le miraba desde el umbral, incapaz de recordar de dónde conocía aquel rostro tan familiar.

La carta de Andrés estaba fechada dos semanas antes, y en ella el aprendiz de pintor anunciaba eufórico su partida hacia Nápoles. No dejaba dirección alguna. Alma la leyó muchas veces sin comprender, hasta que las fechas se le ordenaron en el cerebro y entonces sintió pánico: aquella mujercita risueña en la que apenas reconocía a su madre se le iba por momentos, el padre seguía su encierro pertinaz en el sótano, Andrés andaba perdido por esos mundos de Dios pintando piedras, y el telegrama con la mala noticia estaría abandonado sin abrir en una esquina del mostrador de un hotel

romano. Esa misma noche, como si hubiese comprendido la situación, la enferma preguntó por primera vez por su hijo.

—Le hemos avisado, madre, pronto estará aquí —mintió Alma.

Era lo único que ponía triste a la enferma y la arrancaba de su infancia recuperada.

—Pero por qué no viene a verme, dónde está —decía, enfurruñada.

—Porque está de camino, madre. Roma está lejos —respondía Alma. Y pensaba: «Y Nápoles más aún».

Una tarde, mientras el médico estaba reconociendo a la enferma, alguien llamó a la puerta principal. Desde el dormitorio de su madre, Alma oyó, como en sueños, que la criada vieja acudía a abrir y hablaba con alguien. No, el señorito Andrés estaba de viaje por Europa, desde hacía tiempo. No, el señor no recibía a nadie: su esposa estaba muy enferma, sí, era una desgracia terrible, y con el señorito tan lejos y sin poderle avisar... Alma oyó cómo se cerraba la puerta y, urgida por un loco presentimiento, corrió hacia la ventana y se asomó a tiempo de ver a su profesor *de* dibujo atravesando el jardín. La silueta estilizada que se alejaba le pareció la del hombre más bello de la tierra, y al verlo atravesar la verja se puso a llorar a mares, agarrada al visillo. Era la primera vez que Alma lloraba desde el comienzo de la enfermedad de su madre. Notó entonces que una mano pesada se le apoyaba en el hombro. Al volverse se encontró con la mirada comprensiva del médico.

No llores, hija. Es más fuerte de lo que creemos. Tu hermano llegará a tiempo.

Andrés regresó una tarde de finales de septiembre en que el cielo andaba muy negro, como compitiendo con la noche. La carta en la que anunciaba su llegada se había perdido por el camino, así que se encontró con que nadie había ido a recogerlo a la estación, y tuvo que tomar un coche de alquiler. Cuando se vio con todo su equipaje frente a la entrada del caserón, estaba comenzando a lloviznar, pero algo en el silencio extraño que envolvía la casa le hizo vacilar y quedarse allí quieto, dudando, frente a una puerta que le pareció más herméticamente cerrada que nunca. No llegó a llamar, porque Alma supo que estaba allí y bajó a su encuentro. Se miraron en silencio, de un lado al otro del umbral. Andrés estaba muy moreno y tenía un aire de hombre elegante que no le conocían en casa; Alma estaba despeinada y triste. El comprendió al instante. Subieron al cuarto de la madre sin pronunciar palabra. La madre era esa cosita perdida entre las sábanas que asomaba unos ojos infantiles y asombrados por el embozo. No parecía sufrir ni enterarse. Paseó la mirada sobre su hijo como si fuera un objeto más de la habitación y luego cerró los ojos. Andrés supo que tenía a Alma detrás de él. Supo también, sin que nadie se lo dijera, que le habían enviado decenas de telegramas, que todos habían llegado tarde, tal vez porque él se había encargado de huir de cada ciudad sin dejar rastro para seguir pintando Italia piedra a piedra, hoja a hoja, sin

interrupción. Alma, que llevaba casi dos meses sin poder acudir a su clase de dibujo y que se volvía loca de angustia cada jueves, se dejó caer en una silla, muy cansada de pronto.

—Te vas a quedar —fue lo único que dijo, ella misma no supo si preguntando.

Y en ese mismo instante, la madre, que no estaba dormida, lanzó un suspiro en el que los dos pudieron entender claramente: «Andrés, ay, Andrés, por fin».

Andrés se instaló en su antiguo cuarto, que le resultó extraño como si perteneciera a otra persona. Sentía que había crecido y que aquellos muebles eran los de un niño; los pies se le salían del colchón igual que el alma le rebotaba contra las paredes. Hizo suyo el proyecto de su hermana de instalar un estudio de pintura en el desván, retiró sin ayuda de nadie los trastos y los bajó escalera abajo, cubierto de polvo y sudor, para hacer una hoguera con ellos en el jardín de atrás y mirarlos arder, excitado y febril como un duende. Dispuso luego por las paredes los bocetos traídos de Italia y paseaba arriba y abajo del desván reviviendo su viaje, impaciente, eligiendo ahora uno y más tarde otro como motivo para una pintura que nunca llegaba a realizar, nervioso y a ratos iracundo, porque la inspiración que le tornaba por asalto bajo el sol de Italia no le había acompañado en su viaje de vuelta.

Una tarde, un desconocido llamó a la puerta y dejó a la criada una nota para el señorito Andrés. Alma se sobresaltó al pensar que la nota podría estar en realidad dirigida a ella, y que su profesor de dibujo tal vez estuviera desesperado por tenerla de vuelta en sus clases. Observó horrorizada desde el rellano de la escalera cómo su hermano leía el mensaje, esperando ver en su expresión un rastro de desconcierto o de extrañeza, esperando que al terminar la lectura Andrés le pidiera explicaciones sobre el contenido de la nota, qué estaba diciendo ese tal Pablo

Guzmán de unas clases de pintura, quién era ese tal Pablo Guzmán. No hubo nada, sin embargo: Andrés se guardó la nota bien doblada en el bolsillo del chaleco, furtivamente, y después miró a su alrededor, como temeroso de ser observado. Se encontró con los ojos de su hermana, los dos se miraron unos instantes y luego cada cual volvió a su ocupación, sin decir nada.

Andrés no se quitó el chaleco en toda la tarde. Alma lo observaba al pasar, se le iban los ojos detrás del bolsillo que contenía la nota. Se dio cuenta de que, desde la lectura del mensaje, su hermano se había puesto de un extraño estado de ánimo, entre nervioso y abatido, y desde su puesto al pie *de* la cama de la enferma lo vio entrar y salir del dormitorio de la madre, sin objetivo claro, siempre a punto de decir algo pero sin llegar a decidirse. Al atardecer, se oyeron los cascos furiosos de un caballo al galope, y Alma llegó a la ventana a tiempo para ver cómo su hermano tomaba el camino de la ciudad. Algo avergonzada, con el corazón latiendo a empujones, esperó a que la madre se adormilara y entonces entró a saco en el dormitorio de Andrés. Revolvió sus cosas con una violencia innecesaria: su hermano siempre dejaba las ropas usadas sobre la silla, allí estaba el chaleco con su mensaje bien doblado en el bolsillo, un lacónico «demasiados días sin ti» y debajo la dirección de un hotel de la ciudad, todo con letra esmerada, como de artista. En el preciso momento de leerlo, Alma comprendió que había sabido desde el principio que aquel no era un mensaje de don Pablo para ella, y que la fuerza que la había empujado a registrar los bolsillos de su hermano venía de otra parte. Como una sonámbula, guardó el mensaje en su sitio y ordenó las ropas. Antes de regresar a su puesto a los pies de la enferma, con el «demasiados días» sin ti tamborileándole en las sienas, se pasó por su alcoba y sacó de la cómoda la

fotografía que Andrés le había enviado desde Venecia y que los mostraba, a él y a Monsieur Lepage, frente a Santa Maria della Salute. Elegantes, algo excéntricos, desafiantes frente a la cámara. Los observó durante horas y, en algún momento de la noche, su dedo índice cobró vida y comenzó a arañar suavemente, arriba y abajo, la imagen del profesor. Cuando ya al amanecer se oyeron en la escalera los pasos furtivos de Andrés que regresaba, la imagen de Monsicur Lepage en la fotografía era una nebulosa blanca, sin rasgos definidos, como un fantasma.

Varias noches después, cuando cenaban en silencio con el padre, Andrés lo soltó al fin con una voz neutra que no parecía la suya: Monsieur Lepage estaba en la ciudad, por respeto al estado de la madre no lo había invitado a casa, estaba a punto de partir a París, donde participaría en una importante exposición de pintura, lo había invitado a acompañarlo, el estado de la madre era estacionario, había pensado irse con él. Fue una retahíla tan larga y monocrorde que a Alma le costó encontrarle sentido. El padre, que tornaba su sopa ceremoniosamente, tardó un rato en contestar; tanto, que cuando pronunció su respuesta ya no venía a cuento:

-Bien

Andrés hizo el equipaje con tanta eficacia y partió tan rápidamente que, viendo su habitación pelada de objetos personales y ropas, Alma llegó a preguntarse si la última estancia de su hermano en la casa había sido un producto de su imaginación. A ella el pelo le había crecido con una velocidad endiablada, cuando lo soltaba por las noches se le apoyaba ya en los hombros, y no había visto la necesidad de cortarlo otra vez. Llevaba meses sin acudir a la ciudad, había perdido ya la cuenta de los jueves malgastados, tenía los útiles de dibujo

guardados al fondo del armario y la idea de tocarlos le producía angustia.

Llegó una carta con matasellos de París, pero venía dirigida al padre, y Alma no le pidió siquiera leerla. El sobre anduvo días y días despistado por encima de los muebles del recibidor; el padre lo veía siempre que tenía prisa por reintegrarse a su trabajo del laboratorio, e invariablemente murmuraba: «Ahora no, luego la leo». Llegó a juntarse con la siguiente carta, y con la otra, y Alma miraba con sonrisa maligna el creciente montoncito de sobres olvidados cada vez que emprendía el ascenso de la escalera armada con la bandeja de la cena, la caja de los medicamentos, el orinal recién vaciado. Llegó por fin una carta de París dirigida a Alma, pero también pasó a engrosar el grupo de los sobres sin abrir. No fue rencor de hermana: la carta la trajo la criada el mismo día en que a la madre la atacó una fiebre altísima que la dejó con los ojos desorbitados clavados en el techo y delirando entre dientes. El cochero corrió a avisar al doctor y este no tuvo más que mirar a la enferma para torcer el gesto y decir que no con la cabeza. La madre alcanzó a vivir tres días más.

La primera noche en que pareció que se moría, veló toda la casa, cochero incluido. A la noche siguiente, el padre se retiró casi de madrugada y a la criada hubo que enviarla a empellones a su alcoba, porque se le caía la cabeza sobre el pecho *de* forma lastimosa. La tercera noche, Alma se quedó sola. La fiebre y la agonía se habían convertido en una rutina, y la casa dormía tranquila. Cuando comprendió que su madre se iba, esta vez sí, a eso de las tres de la mañana, Alma no avisó a nadie. Se retiró un instante a su cuarto, empuñó unas tijeras y se cortó el pelo a dentelladas, sin mirarse en el espejo; sacó luego las ropas de su hermano que tantas veces la habían acompañado a las clases de dibujo y se vistió con ellas. Cuando



la madre abrió los ojos por última vez, vio entrar en la penumbra del dormitorio a su hijo, de vuelta de su viaje por lejanas tierras, mirándola preocupado y un poco ojeroso, mucho más delgado de lo que se fue.

—Andrés —murmuró, sonriendo. Y luego vino un murmullo que podría significar: «Alma me cuida bien», o tal vez <Alma me quiere», o tal vez «Alma te quiere, Andrés». Después no hubo nada. La madre cerró los ojos y dejó salir por la boca entreabierta un gruñido leve, continuo, como si con el aire se le escapara algo más sustancial.

Los que entraron en el dormitorio a la mañana siguiente vieron una sonrisa en sus labios y no tuvieron duda de que había tenido una muerte plácida.

Andrés no regresó a tiempo para el entierro. Acudieron gentes de la ciudad a las que Alma no había visto nunca, antiguos colegas de universidad de su padre, acompañados por esposas compungidas que no habían conocido a la mujer del profesor Luena, pero que rebosaban ternura y condolencias. Acudió don Ezequiel con su mejor traje; acudió la señorita Marga, muy blanca en su vestido de luto, y por la mirada que intercambiaron comprendió Alma que algo sabía, pero que estaba dispuesta a guardar el secreto. En un instante en que los ruidos de los asistentes parecieron quedar en suspenso, Alma vio aparecer por el sendero flanqueado de cipreses a don Pablo y don Esteban Guzmán. Don Esteban, elegantísimo, estrechó efusivamente la mano de su antiguo colega para darle el pésame, mientras su hijo dejaba vagar la mirada entre las damas llorosas y los caballeros solemnes, buscando algo sin encontrarlo. Alma lo observó a placer hasta que los ojos de él vinieron a posarse en los suyos; hubo un destello de reconocimiento y luego de extrañeza en los ojos del profesor, y entonces Alma, colorada hasta las orejas, se dio la vuelta y se encaró con el rostro gordo de la señora que le daba el pésame en aquel instante, consciente de que la mirada de don Pablo seguía clavada en ella. Aguzó el oído dolorosamente por encima del parloteo compasivo de la dama, y consiguió oír cómo don Esteban Guzmán preguntaba con voz campanuda por el joven

Andrés. Quiso taparle la boca a la oronda desconocida para oír con claridad la conversación, algo decía en aquel instante don Pablo sobre el talento del joven artista y sus posibilidades futuras, y el padre respondía que sí a todo, ausente y algo desconcertado, sin recordar de dónde venía la relación de su hijo con aquellos dos personajes.

Se fueron los invitados, la madre quedó en el cementerio, bajo la lluvia, y la casa cayó en un largo silencio. No se oyeron más las protestas de la vieja criada: había enterrado al primer bebé al que cuidó en su vida, y ya no encontraba motivos para quedarse en aquella casa. Pidió permiso para regresar a su aldea, de la que faltaba hacía muchísimos años, y Alma no tuvo valor para negárselo. La vio partir pensando que allí sería la más vieja, superviviente de otra época, y que probablemente no encontraría ya ningún rostro conocido por las calles, pero se daría el gusto de morir en el dormitorio que la había visto nacer. El padre no llegó a enterarse. Andaba desorientado, despistadísimo; una tarde, a la semana de haber enterrado a la madre, se oyó una explosión sorda en el sótano, y cuando Alma bajaba ya las escaleras, aterrada, lo vio salir con el rostro ennegrecido, tambaleante, muy digno y deteniéndola con la mano extendida.

—No, hija, aquí no puedes entrar.

Nunca supo lo que había sucedido, pero observó que el padre había perdido visión y que a veces tanteaba para buscar los objetos cuando la luz era débil. Le sugirió consultar a un médico y sufrió un ataque de su ira incontenible. No volvió a decir nada, pero cuando el padre se encerraba en su laboratorio, Alma se sentaba en los escalones del sótano, notando en la oscuridad cómo le latían las sienes, esperando.

Andrés regresó de París, estuvo unos días en la casa para hacerse cargo de la herencia de la madre antes de marcharse de

nuevo. Monsieur Lepage le esperaba en la ciudad, haciendo también sus preparativos, impaciente como una novia. A Alma le costaba reconocer a su hermano en *ese* joven musculoso y bien vestido que iba y venía por las habitaciones de forma mecánica, arreglando mil asuntos pendientes, con eficiencia de notario. Había crecido y había ensanchado, se había hecho un hombre adulto y Alma resultaba muy menuda a su lado: nadie habría dicho que eran mellizos. Andrés se interesó a medias por el estado del padre, oyó el informe de Alma sobre sus despistes y limitaciones mientras ordenaba y firmaba papeles y preparaba un equipaje enorme. También tuvo tiempo *de* entrar a saco en el desván, en mangas de camisa, y apartar en un rincón los bocetos de Italia que ya no le servían, que eran casi todos. Alma se empeñó en ayudarle y consiguió salvar alguno, porque su hermano pretendía usarlos para alimentar la chimenea: en su visita a París había visto maravillas, su antigua forma de pintar le parecía de otro siglo, había que terminar con todo para empezar de nuevo. Acabó de firmar los documentos pendientes, ultimó su monumental equipaje, visitó la tumba de la madre y partió una mañana muy temprano, acompañado por Monsieur Lepage y por el cochero, al que se llevaba como asistente en su gran expedición y que se iba encantado de aquella casa en la que el silencio sólo se interrumpía de vez en cuando con los extraños ruidos que venían del sótano.

Andrés viajó, viajó mucho, como nunca había soñado que podría hacerlo. Pintó el mar azul de las islas del Egeo, las torres de Santa Sofía en Constantinopla, la puesta de sol en el Bósforo, frente a tierras de Asia. Seguí enviando cartas, pero nunca a nombre de su hermana: en el sobre escribía sólo el apellido familiar y en la misiva procuraba no dirigirse a nadie, o hablaba en plural, englobando a padre e hija.

El padre atravesó una temporada terrible, y su caída en picado hacia la vejez se medía por la intensidad de los porrazos, estrépito de cristales rotos y estallidos que procedían del sótano. Un día, Alma sorprendió al viejo científico fuera de su guarida a una hora inusual. Estaba en el recibidor, abstraído, dándole vueltas a un papel entre las manos. Su hija lo espió desde lo alto de la escalera y por un instante no reconoció a su padre en aquel viejecito encogido que, creyéndose a solas, no se molestaba en adoptar la actitud altiva y hosca que todos le conocían. Lo que tenía entre sus manos y miraba con sorpresa, por uno y otro lado, era la carta de Andrés; Alma comprendió con tristeza que el padre andaba en esos instantes totalmente perdido, intentando recordar a quién pertenecía esa letra que le resultaba tan familiar. Yo también me volveré loca algún día, pensó la muchacha, como en un relámpago.

Alma vivía esperando que la casa saltara por los aires; se imaginaba a Andrés regresando de Tierra Santa, o de San

Petersburgo, o de Sebastopol, y encontrándose un solar lleno de escombros en el que, tal vez, se habría salvado alguno de los cuadros del desván. Desde que renunció a volver a sus clases de la ciudad, Alma había instalado allí arriba sus útiles de pintura; el desván se había convertido *en* un estudio en el que se encerraba siempre que sus labores domésticas se lo permitían. El resto del servicio había huido poco a poco, como con cuentagotas, poniendo pretextos de familiares enfermos y propiedades heredadas, mientras en los ojos se les leía el pánico a los estruendos que emergían de debajo del suelo. Había días en que Alma se desesperaba: las mil tareas de la casa, cuya existencia no había ni sospechado, y el padre perdido y olvidadizo, incapaz de recordar las horas de comer ni de dormir e inmerso en una extraña batalla subterránea en la que parecían participar todos los objetos del laboratorio, la traían medio loca durante las horas de luz, y para cuando conseguía escapar al desván tenía que ponerse a pintar alumbrada por velas. Leía religiosamente todas las cartas del hermano ausente, y donde decía «vosotros comprenderéis» o «no podéis figuraros» ella leía «solo tú comprenderás, Alma, mi emoción ante el paisaje», o «no puedes figurarte, Alma, cómo todo me recuerda a ti». Devoraba las descripciones detalladísimas de Andrés, el relato pormenorizado de su sufrimiento ante el reflejo mágico de la luna sobre el mar, del rumor prodigioso de las ciudades populosas y paganas, del olor de las especias en los mercados, «¿habrá un manera, Alma, de captar esta luz que se escapa, esta sonoridad, este ambiente?». Leía cada carta seis, siete veces, hasta aprenderla de memoria; luego se lanzaba sobre el papel y dibujaba de forma frenética las ideas que le lanzaba su hermano desde el otro extremo del mundo, y era como si una mano invisible guiara la suya: llegó a poner en pie paisajes

desconocidos, rostros de rasgos exóticos, formas arquitectónicas cuya existencia ignoraba.

La última carta de Andrés llegó muy arrugada, como apretada por muchas manos distintas. Venía dentro de un sobre escrito con una letra que no era la suya. En su interior había dos papeles: uno tenía las letras descoloridas, y no llevaba encabezamiento ni firma ni fecha. Era un mensaje que Andrés había escrito en el desierto, con el papel agitándose por el viento, y al desplegarlo, Alma vio caer sobre la alfombra del recibidor unos granos de arena finísima. Andrés contaba que llevaba tumbado horas, tal vez días, en una duna, flanqueado por un fusil por miedo a los ladrones, observando cómo un viento que parecía salir de la nada formaba de pronto remolinos de arena que danzaban sobre la superficie primero blanca, luego amarilla, luego naranja, según la hora del día. Monsieur Lepage y el cochero le habían abandonado por este orden, hartos de sus excentricidades, pero a él eso no le preocupaba, sólo miraba y miraba el aire, no volvería a casa hasta lograr pintarlo. En la otra misiva, Monsieur Lepage les informaba con letra pulcra y algún giro francés de que su joven alumno estaba ingresado con fiebre en un hospital de Jerusalén; lo habían encontrado en el desierto, medio deshidratado y con alucinaciones, hablando todo el rato del viento y la arena: les adjuntaba el mensaje que llevaba en el bolsillo y les prometía que se encargaría personalmente de hacerlo llegar sano y salvo a casa en cuanto su estado mejorara lo suficiente para emprender el viaje.

Alma pensó, «pintar el aire», y en cuanto pudo, subió sendero arriba para mirar la playa de su infancia desde el acantilado. Observó el viento en los tallos inclinados *de* las hierbas, en los remolinos de arena, en las crestas de las olas blancas de espuma, y pensó que su hermano se había equivocado,

ahí tenía todo el aire que un pintor podía soñar encerrar en su lienzo. Se hizo el firme propósito de atraparlo en un cuadro para poder enseñárselo al enfermo cuando estuviera de nuevo en casa y se sintió feliz, sin saber por qué, como no lo había sido desde hacía mucho.



Cuando Andrés regresó a casa, Alma había conseguido encerrar el aire en un cuadro. La representaba a ella, con esa trenza larga que tanto le había dolido ver *crecer*, frente al paisaje marino que los vio jugar a ambos de niños. Lo tenía guardado en el desván, como un tesoro.

Andrés llegó acompañado por Monsieur Lepage y por el cochero. Lo tuvieron que entrar en volandas en la casa, porque venía medio desmayado y sin fuerzas. Alma miró con terror el rostro amarillento del enfermo, las ropas que le sobraban por todas partes. Monsicur Lepage estaba muerto de vergüenza por devolver aquello en lugar del alegre muchacho que partió con él a lejanas tierras. El cochero, que traía enormes bigotazos y tez tostada de explorador, fue incapaz de mirar a los ojos a su antigua señorita. Desfilaron en silencio escalera arriba con aquel muñeco al que no costaba nada levantar del suelo. El viejo científico salió del laboratorio a dar la bienvenida al joven viajero.

—Hijo, te veo más delgado — fue lo único que dijo al verlo pasar.

No le notaba nada especial, igual que no había sido capaz de reconocer su nombre en ninguna de las cartas que el muchacho le había escrito durante el viaje. Monsier Lepage y el cochero descargaron entre los dos el enorme equipaje del viajero, compuesto casi todo él por cuadros que venían hacinados

en cajas, por parejas, de tres en tres, sin cuidado alguno. Cuando terminaron su tarea, desaparecieron de la casa sin decir nada, furtivamente. Al cochero ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de solicitar su antiguo puesto en la casa. Alma no volvió a saber de ellos.

Fue la misma Alma quien tuvo que guiar los caballos hasta el pueblo vecino para avisar al médico. El doctor, que no pudo acudir hasta el día siguiente, no ocultó su desconcierto tras reconocer a Andrés. En todos sus años de profesión, no había visto un caso igual. Andrés vivía en un estado de alucinación constante, resultaba imposible hacerle comer, la fiebre le asaltaba a ratos de pura locura y debilidad. Al parecer, creía seguir agazapado en el desierto, porque cuando hablaba lo hacía para describir el juego del sol sobre la arena, los remolinos que formaba el aire, el camino trazado por las huellas de algún insecto. No era infeliz ni parecía estar sufriendo: tenía algo de la placidez que embargó a su madre en sus últimos meses. El doctor partió con la promesa de buscar información. Tal vez se tratara de una enfermedad exótica, producida por la insolación, por una droga o por la picadura de alguna alimaña.

Alma se instaló en la habitación de su hermano. Mientras le daba de comer o le lavaba, le oyó hablar interminablemente del desierto y de sus juegos de luz; a los pocos días, pasó a hablarle de un mar más azul de lo que ella podría soñar, poblado de islitas diminutas, blancas, que parecían nadar a la deriva; a la semana hablaba de grandes praderas de aire cristalino surcadas por pastores nómadas vestidos de brillantes colores. Andrés era obediente y tierno con ella como un bebé, la miraba sonriente, admirativo, y lo poco que comía lo tragaba por no contrariarla. Alma sólo lo abandonaba para bajar a preparar las comidas del padre y, en una ocasión, para desembalar los cuadros que Andrés había pintado durante el viaje y

disponerlos cuidadosamente alrededor del desván, como en una sala de museo. Retiró luego sus propias obras, y el estudio en el que había pasado tantas horas de trabajo quedó convertido en un homenaje al hermano enfermo. Sólo dejó en una esquina el paisaje marino que había pintado inspirada por las palabras de Andrés: esperaba con impaciencia el día en que su hermano recuperara la lucidez y las fuerzas para enseñárselo.

Pasó un mes y Andrés no recuperó la conciencia. Seguía vagando por mundos a medias recordados y a medias fruto de su imaginación, que contaba puntualmente a su hermana, como si los estuviera viendo. El doctor acudía infatigable a la casa, armado con mil artefactos y remedios que nunca servían para nada; en una ocasión llegó acompañado por dos colegas que estuvieron una hora encerrados en la habitación, examinando a Andrés, y que terminaron escuchando con la boca abierta el vívido relato del enfermo, que andaba por aquellos días perdido por unas cumbres desoladas, azotadas por la ventisca. Una noche, tras asear a su hermano, Alma comprobó que la camisa de dormir le venía tan grande que podía darle dos vueltas, y que casi sería mejor envolverlo en alguno de los camisones que conservaba de cuando era niña. Lo hizo mecánicamente, dominando el temblor de manos y las lágrimas que le nublaban la vista, y cuando terminó se sentó junto a la cama, escudriñando el rostro de su hermano, que se había quedado dormido. Andrés tenía ahora la carita de sus doce años, pero la piel marchita que se le pegaba a los huesos decía muy a las claras que aquel ser menudo perdido entre las sábanas distaba mucho de ser un niño. Alma estuvo así durante horas, hasta consumir la vela, con los ojos prendidos en aquel rostro gemelo al suyo. Cuando se quedó a oscuras, encendió otra vela y subió al desván. Bajo la luz vacilante de la llama, se detuvo frente a su cuadro, se miró a sí misma retratada *de cara*

al espectador sobre el fondo marino, preparó sus pinturas y, con decisión, lanzó un chafarrinón negro sobre el vestido claro que se agitaba al viento. Pintó durante horas, hasta que la vela no le hizo falta porque la luz del sol se colaba por el ventanal. Cuando volvió al dormitorio, se encontró a Andrés despierto y sonriente, perdido seguramente en algún nuevo paisaje.

—Te voy a enseñar una cosa, hermano —dijo Alma en un susurro.

No le costó mucho subirlo al desván: pesaba tan poco como un crío. Andrés pareció regresar de su viaje ante la visión de todos sus lienzos iluminados por la luz blanca de aquel día despejado que se colaba por el cristal del techo. Alma lo condujo frente a un cuadro que no conocía. Se quedaron parados delante de él, enlazando con el brazo los hombros del otro, como dos colegas de vuelta de una fiesta. Andrés se vio a sí mismo, vestido de oscuro, de espaldas, contemplando el horizonte desde un acantilado sobre el mar. Devoró con los ojos el vuelo de la levita, la hierba inclinada, el mar revuelto. Sonrió.

—Lo has logrado, Alma —dijo.

Alma suspiró.

—Sí —contestó—. Pero, como ves, sigo sin poder pintar rostros humanos.

## Epílogo

Una tarde en que don Pablo Guzmán se había quedado más tiempo que de costumbre en la sala de dibujo, entró el conserje a avisarle de que una señorita solicitaba hablar con él. Salió a recibirla sin quitarse el guardapolvo blanco que usaba en las clases, limpiándose con un trapo las manos, en las que tenía restos de pintura que se habían secado ya. Una mujercita menuda vestida de luto lo aguardaba en el recibidor.

—Soy la hija del profesor Luena —se presentó la desconocida. Y, como don Pablo no parecía reaccionar, añadió: «La hermana de Andrés».

Don Pablo no pudo evitar dar un respingo. Se sintió de pronto avergonzado por su indumentaria, por el imperdonable detalle del trapo manchado de pintura, pero sobre todo por el recuerdo de aquel muchacho infatigable de cuya muerte había tenido noticias pero a cuyo funeral no habían acudido ni su padre ni él. No parecía haber reproche, sin embargo, en los ojos de la hermana.

—Quisiera enseñarle su obra —dijo entonces Alma—. Él lo habría querido así.

Don Pablo accedió a acompañar a la muchacha esa misma tarde. Partieron en un coche tirado por dos caballos que ella misma conducía. A mitad del camino, que transcurrió en absoluto silencio, don Pablo empezó a pensar si no habría cometido una imprudencia: se había hablado mucho de la

locura de los Luena, del padre encerrado en el laboratorio y del muchacho que volvió tarado del otro lado del mundo, quién le podía asegurar que no andaba recorriendo los caminos ventosos con una muchacha trastornada que podía arrojarlo al vacío en cualquier acantilado.

Llegaron frente al caserón. Don Pablo, aún nervioso, preguntó por el profesor Luena.

—Está bien —respondió Alma, abriendo la puerta—. En su laboratorio.

La siguió escalera arriba, y luego por un segundo tramo de escalones que conducían a lo que parecía un desván. Cuando se abrió la puerta, apareció ante él una especie de galería *de arte*: cuadros, bocetos, dibujos, todos en apretado y cuidadoso orden, como dispuestos para ser inspeccionados.

—Qué barbaridad —fue lo único que acertó a murmurar.

Se paseó frente a las obras, sintiéndose un general ante la tropa. Los ojos de Alma le seguían desde el umbral. Para librarse de la sensación opresiva que le dominaba, don Pablo se puso a pensar en los recuerdos que guardaba de Andrés y sonrió. Lo veía entrando a zancadas, algo torpe, en la sala de dibujo. Llegaba siempre el primero, pero parecía venir corriendo, muy apurado. Tenía una sonrisa infantil y una mirada inteligente. Era más niño que los otros alumnos, pero su mano poseía un don y una soltura sorprendentes: asistió solo unas semanas a las clases, antes de desaparecer sin dar explicación ninguna, pero le dejó a su profesor la sensación de no ir a tener jamás un alumno como él. Ahora veía sus bocetos, sus primeros trabajos, sus dibujos de paisajes y figuras, y lo reconocía a duras penas: tal vez fuera uno más de los muchachos que prometían mucho pero que se quedaban en nada. Paseó frente a los cuadros que representaban rincones lejanos del mundo, lanzando algún que otro murmullo de asentimiento,

deteniéndose frente a algún detalle curioso, preguntándose en fin: «Y ahora, qué le digo yo a la desconsolada hermana». Y entonces lo vio. Estaba en un rincón, medio tapado por un paisaje del desierto. Se acercó con la extraña sensación de que salían sonidos de aquel cuadro: el viento, las olas, el grito de las aves marinas. Sin contemplaciones, agarró el lienzo con la mano derecha y tiró de él hasta que apareció entero ante su vista. Casi se echó a reír de gozo. Ahí estaba su pequeño Andrés. Y no sólo porque hubiese tenido el detalle de incluirse en una esquina del cuadro, sino porque ahí estaban su mano ágil, sus colores vibrantes, su talento increíble para atrapar la vida.

—Qué maravilla —musitó espontáneamente.

Hubo un instante de silencio absoluto en el desván que se iba quedando a oscuras. Alma recobró el movimiento para encender una vela, con una diligencia excesiva para tarea tan banal, y empezó a hablar atropelladamente, sin que don Pablo la atendiera hasta un rato más tarde.

—...están abajo, en seguida las traigo, no pensé que le interesaran.

Fueron sus últimas palabras antes de desaparecer por la escalera con pasos precipitados; don Pablo no sabía de qué estaba hablando ni tampoco le preocupaba mucho, absorto como estaba en la contemplación del paisaje marino. Oyó los pasitos menudos que regresaban y, cuando se dio la vuelta, se encontró con que Alma le tendía un cartapacio muy viejo.

—Ábralo —le dijo.

Se había quitado el sombrero y venía despeinada, acalorada, con color en las mejillas. Corno apurada por llegar tarde. Al profesor de dibujo le asaltó un recuerdo fugaz, con la brevedad de un fogonazo, que se negó a identificar en un principio. Pensativo, abrió los lazos descoloridos y se encontró

con una colección de dibujos. Animales, plantas del jardín, la casa desde el sendero. El perfil de una mujer madura cosiendo. La mano del genio, la mano de Andrés, por todas partes. Don Pablo alzó los ojos y se encontró con los de Alma. Anhelantes, infantiles, llenos de fe. Idénticos a los de un muchacho que entró por primera vez hace años en su aula de dibujo, muy apurado, como si llegara tarde, a pesar de ser el primero. Se tendió entre maestro y discípula un silencio muy largo, y Alma comprendió que estaba a punto de decir: «Es que no me reconoce, don Pablo, soy yo, soy yo.» Pero en ese momento, uno de los dibujos, el que representaba el perfil de la madre bordando en el jardín, se deslizó de la carpeta y cayó al suelo. El vuelo del papel sacó de su ensueño a Alma, que se inclinó a recogerlo antes que el profesor. Cuando se incorporó, era otra. Firme, sonriente, serena.

—La obra de mi hermano. De toda su vida. Tiene usted que darla a conocer.

Don Pablo asintió muy lentamente y se volvió, cartapacio en mano, hacia el paisaje marino. Alma lo observó mientras contemplaba el cuadro una vez más. Notó entonces que una gota salada se le colaba entre los labios y la secó de un manotazo, sorprendida. Se enfadó consigo misma. No sabía a qué venía aquella lágrima inoportuna.



Este libro se terminó de imprimir  
el día 18 de Enero de 2007,  
festividad de Santa Faustina,  
en los talleres de Yecla-Grafic.

LAVS 1)E()